

CUADERNOS **ESI**

NUMERO 21



Escuela de
Sabiduría Interior

Las Copas en el Tarot tienen mucha más profundidad que decir simplemente «emociones» o «amor». Su verdadero territorio es el mundo interior y la capacidad de contener, recibir y vincularnos con aquello que sentimos.

La propia forma de la copa ya nos da una clave: es un recipiente. No crea el agua; la recibe, la contiene y, cuando está demasiado llena, se desborda. Por eso las Copas pueden hablarnos de cómo contenemos nuestra vida emocional: qué permitimos entrar, qué guardamos, qué compartimos y qué termina desbordándonos.

Además, pertenecen al elemento Agua. Y el agua no permanece quieta: fluye, se adapta, penetra, refleja, limpia... pero también puede estancarse. Exactamente igual que una emoción. Una emoción escuchada circula y transforma; una emoción retenida puede quedar estancada.

LA COPA QUE NO PODÍA LLENARSE

Una historia sobre las Copas y el Santo Grial

Cuenta una antigua leyenda que hubo un tiempo en el que los hombres buscaban una copa sagrada.

Decían que quien encontrara el Santo Grial encontraría también el secreto de la vida.

Los Reyes enviaron a sus caballeros. Sabios consultaron antiguos manuscritos. Alquimistas pasaron noches enteras intentando descubrir dónde estaba escondido.

Todos buscaban una copa.

Pero casi nadie se preguntaba qué significaba estar preparado para recibirla.

Un joven caballero decidió emprender también el camino.

Antes de partir, un anciano le entregó una copa completamente vacía.

—Llévala contigo —le dijo—. Cuando comprendas para qué sirve, estarás cerca del Grial.

El joven no entendió aquellas palabras.

Durante su viaje atravesó un gran bosque y encontró a una mujer llorando junto al camino.

El caballero quiso aconsejarla.

Quiso explicarle qué debía hacer.

Quiso encontrar una solución a su sufrimiento.

Pero recordó la copa.

Y, por primera vez, no dijo nada.

Simplemente se sentó junto a ella y escuchó.

Cuando la mujer terminó de llorar, una pequeña gota de agua apareció misteriosamente en el fondo de la copa.

El joven continuó caminando.

Tiempo después encontró a un hombre que acababa de perder a alguien a quien amaba profundamente.

De nuevo sintió el impulso de decirle que el tiempo lo curaría todo.

Pero volvió a mirar su copa.

Así que permaneció junto a él.

Compartió su silencio.

Y otra gota cayó dentro.

El caballero empezó a comprender.

Cada vez que amaba sin poseer, la copa recibía agua.

Cada vez que perdonaba, la copa recibía agua.

Cada vez que era capaz de escuchar su intuición, aparecía otra gota.

Cada vez que dejaba marchar algo que ya había terminado, otra gota.

Y cada vez que se permitía llorar aquello que verdaderamente le dolía, la copa se llenaba un poco más.

Pasaron los años.

Hasta que finalmente llegó al castillo donde, según las leyendas, se custodiaba el Santo Grial.

Entró en una enorme sala.

No había oro.

No había tesoros.

No había ninguna copa esperando sobre un altar.

Solo encontró al anciano que muchos años atrás le había entregado aquella copa vacía.

—¿Dónde está el Grial? —preguntó el caballero.

El anciano señaló sus manos.

El joven miró la copa que había llevado durante todo el viaje.

Estaba llena.

—Sigues buscando un objeto —le dijo el anciano—. Y el Grial siempre fue una enseñanza.

El caballero permaneció en silencio.

Entonces el anciano tomó la copa y derramó toda el agua sobre la tierra.

El joven se quedó horrorizado.

—¿Por qué haces eso? ¡He tardado toda una vida en llenarla!

El anciano sonrió.

—Porque todavía te faltaba comprender la última enseñanza.

—¿Cuál?

—Que una copa que no se vacía ya no puede recibir.

Y entonces el caballero comprendió.

El verdadero Grial no era poseer algo sagrado.

Era convertirse en un recipiente para lo sagrado.

Comprendió que amar también significaba dejar marchar.

Que sentir no era retener.

Que llorar era permitir que el agua siguiera su camino.

Que la intuición necesitaba silencio.

Y que el corazón, igual que una copa, debía aprender continuamente a llenarse y vaciarse.

Desde aquel día dejó de buscar el Santo Grial.

Porque había comprendido que cada ser humano lleva una copa invisible en su interior.

Una copa donde guarda sus amores, sus pérdidas, sus recuerdos, sus deseos, sus sueños y todo aquello que alguna vez le hizo sentir profundamente.

Y esa es también la enseñanza secreta de las Copas del Tarot:

recibir sin apropiarse, contener sin aprisionar, sentir sin ahogarse y dejar fluir sin miedo a quedarse vacío.

Porque solo aquello que puede vaciarse puede volver a ser llenado.

Y quizá el Santo Grial nunca fue una copa que debíamos encontrar.

Quizá siempre fue la capacidad de convertir nuestro corazón en una copa digna de recibir la vida.

Esta historia te permite después enlazar directamente con el As de Copas: la mano que ofrece el cáliz, el agua que desborda y la idea de que lo recibido no está destinado a quedarse encerrado, sino a circular.

